

parezca. Al contrario los pondremos en *longè*, *herì*, *certè*, etc., porque hay otro *longe*, vocativo de *longus*, otro *heri*, genitivo de *herus*, etc., y en *contrà*, *suprà*, *ultrà*, *antè*, etc., cuando de preposiciones pasan á ser adverbios. *Hic*, *hac*, adverbios, llevarán acento grave para distinguirlos de *hic*, *hac*, nominativo masculino y ablativo femenino del determinativo *hic*, *hac*, *hoc*; pero este acento no hace falta en *huc*, *illuc*, *illac*, etc.

3º Usaremos de la capucha en la *à* final del ablativo singular de los sustantivos y adjetivo: cuyo nominativo termina igualmente en *a*, como *musà*, *bonà*, *poetà*, etc., pero no en el ablativo *hac*, que no puede confundirse con el nominativo *hac*, ni tampoco con el adverbio *hac*, pues este lleva acento grave.

4º Señalaremos tambien con capucha la *e* de la tercera persona del plural del pretérito perfecto de algunos verbos, como en *te-gère*, que podría confundirse con el infinitivo; pero no se necesita en *accepere*, puesto que este verbo hace *accipere* en el infinitivo.

5º En fin, cuando hay sinéresis, es decir contracción de sílabas, muchos acostumbran indicarlo por medio de la capucha, pero esto es excusado, á no ser que haya lugar á confusión, como en *deùm* por *deorum*, *divùm* por *divorum*, que se confundirían con los acusativos *deum*, *divum*.

Estas son, en resúmen, las reglas que se han seguido en el nuevo y excelente *Diccionario latino* de los señores Quicherat y Daveluy, publicado en París en 1844, y á ellas nos conformamos en la presente edición de los *Autores selectos*.

Al terminar esta enumeracion prolija de las faltas ajenas, no quedamos sin algun recelo respecto á nosotros mismos, pues no quisiéramos pensase el lector que pretendemos haber dado á luz un libro perfecto. Para que nos formásemos una opinion tan lisonjera del resultado de nuestras tareas, seria menester echar en olvido nuestra insuficiencia y las dificultades que nos ha enseñado una larga experiencia del arte tipográfico. Yerros se hallan en los libros cuya impresion ha costado mas trabajo á sus autores, y hasta por ellos han llegado los bibliógrafos á señalar las ediciones que gozan de máyor aprecio en el público. Rogamos, pues, se nos quiera aplicar el *paucis non offendar maculis* de Horacio, porque el error siempre fué inseparable de los productos del humano ingenio, y el mas perfecto no fué el que jamás pecó, sino el que pecó menos.

PRÓLOGO

El único medio de inspirar á los jóvenes insensiblemente el buen gusto de la latinidad y humanidades, es ponerles en las manos desde los primeros años aquellos escritos de mayor pureza y elegancia que nos dejó la sabia antigüedad. Porque si cualquiera que pretende llegar á lo sumo de la pintura, ó cualquier otro arte, busca y se propone los mejores y mas perfectos modelos de los mas célebres y sabios profesores para imitarlos, con igual razon deberán todos aquellos que se dedican al conocimiento de la lengua latina, revolver y manejar de dia y de noche, como aconsejaba á los Pisones Horacio hablando de los escritos de los Griegos, los apreciables monumentos de los antiguos Romanos, en los que, como en otras tantas minas, se encierra el oro mas precioso y de mas subidos quilates que con tantas ansias y desvelos amontonan los verdaderamente codiciosos de la sabiduría. Mas aunque todos cuantos han escrito sobre el método de estos estudios convienen unánimemente en esta innegable verdad, no todos se conforman, ni en los autores que se deben poner en las manos de los jóvenes, ni en el modo con que se les han de presentar sus escritos, sino que unos son de parecer que se les den para traducir las obras enteras de cada escritor, otros que solamente se les debe proponer uno solo por modelo, y los mas cuerdos y experimentados que se les forme en un cuerpo lo mas bello y perfecto que se halla en cada uno de ellos. Los primeros no reflexionan el corto tiempo que por desgracia se concede á los jóvenes para este estudio tan

vasto é importante, el cual es tan limitado que apenas se puede conseguir el que traduzcan una sola vez y de corrida uno que otro trozo de los prosáicos y poetas, como ni tampoco las largas sumas que se necesitan para comprar tantas y tan difusas obras, siendo gran parte de los que se dedican á aprender esta lengua de tan escasas y cortas facultades, que se verian en la dura precision de abandonar las dulces y amables Musas, por no poder sostener tan grandes gastos; privándose estos jóvenes de unos tan útiles conocimientos, y el Estado tal vez de los mas claros y sobresalientes ingenios. Además de que aun á los pudientes se les haria entonces este medio muy gravoso é intolerable, viendo que para aprender las otras facultades y ciencias no se les pide tanto. Y dado caso que solo se les comprasen algunas pocas obras, no solo se privarian entonces de poder observar el genio de cada escritor y las bellezas que cada uno se vincula como por particular derecho, sino que no podrian ver reducidas á la práctica las varias reglas y preceptos de los estilos, lenguaje y fórmulas peculiares á cada asunto y materia, pues cuando menos se hace indispensable en la prosa ponerles delante un escritor de cartas, un histórico y un orador; y en la poesía un cómico, un lírico, un elegiaco, un epigramatario, etc.

Esta misma razon echa por tierra el proyecto de los segundos, que son de parecer se les proponga solo Ciceron á los jóvenes, fundados en que siendo muchos y varios los escritores, y todos de materia y estilo diferente, no pueden hacer asiento en ninguno de ellos, naciendo de tan grande variedad la confusion, y de esta el no poder fijar el estilo. Plausibles aparecen á primera vista estas razones; mas la experiencia enseña que aunque se debe hacer el principal caudal de los escritos de Ciceron, no por eso se han de excluir en-

teramente todos los demás escritores latinos de la mayor pureza; y así estos tales se merecieron justamente la censura de una afectacion servil y ridicula, de no querer se usen en los escritos sino las voces que precisamente se hallan en Ciceron. Además de que un joven acostumbrado solo á la leccion de Ciceron se queda en ayunas si se le pone delante un Salustio, un Livio, un Plauto, etc. Por lo que toca al estilo no es á la verdad en la juventud cuando este se forma ó se fija con perfeccion, sino despues de muchos años de leccion y meditacion continua, y cuando ya ha adquirido fuerzas la razon; y aun en este caso cada uno sigue su genio, acomodándose al estilo que mas le agrada y que dice mejor con su natural. Unos encuentran todo su placer y gusto en la fluidez y soltura de Ciceron; otros quedan encantados de la precision de Salustio; quién se divierte y recrea con las sales de Plauto; quién queda sorprendido de la majestuosa sencillez de César; y finalmente, cada cual halla su recreo en aquel escritor que mas se acomoda á su genio. Aun se toca esto mas sensiblemente, si se reflexiona con atencion que el estilo va variando segun las edades: la juventud gusta de amplificacion y estilo florido; la edad varonil va dando de mano y cercenando todo lo redundante y superfluo; la edad avanzada y madura sigue constantemente el sentencioso, explicando muchas ideas con pocas palabras. Tienen además los historiadores sus locuciones propias, como dejamos dicho, los cómicos las suyas, y generalmente cada clase de escritor varía de estilo, como varían los hombres de semblante. La diligencia y atencion de un buen maestro hace que un joven, despues de haberse acostumbrado á las frases de un estilo familiar, componga una carta de un latin no despreciable; que despues de haber desentrañado un trozo de un historiador, haga una narracion de algun

hecho ó una descripción proporcionada á su capacidad; que despues de observar con cuidado la disposición y artificio de una oración retórica y todas sus partes, componga un exordio segun las reglas que guarda el orador que se propone imitar; y lo mismo proporcionalmente ejecute con las demás partes de que se compone. Todo este fin, que es adonde deben dirigirse discípulos y maestros, se consigue con variedad de autores, en que pueden notar muy bien las voces, locuciones y estilo particular que pide en la prosa cada materia. Lo mismo decimos por lo que hace á la poesía. Es verdad que no es capaz esta tierna edad de comprender y mucho menos reducir á práctica la belleza, primor y agudeza de un epigrama, de una oda, de una elegía ú otra cualquiera composición poética; pero puede ir aprendiendo en cada poeta en qué consiste la hermosura y perfección de aquella especie de poesía que trata. En esto principalmente se ha de ejercitar á un jóven que aspira á penetrar lo recóndito del Parnaso, aplicando en esto la mayor parte del tiempo que desperdicia y malgasta en componer versos muy malos. El hacer versos no es lo que caracteriza á un poeta: se pueden hacer en prosa muy buenas composiciones poéticas. Se necesita conocer el genio, entusiasmo, adornos, estilo y partes de que constan estas composiciones, y no hay duda que se les pueden ir comunicando á los jóvenes estos conocimientos, poniéndoles en las manos los mejores poetas latinos, y manifestándoles como con el dedo en cada uno lo que hay en él de bello y excelente.

Todas estas razones, de que no nos podemos desentender por nuestra profesion, que nos obliga á mirar continuamente por la mayor comodidad y utilidad de los jóvenes que frecuentan nuestras escuelas, movieron á nuestro R. capítulo provincial, celebrado en el

mes de octubre de 1795, á señalar algunos sugetos para que, á imitación de las naciones mas cultas de toda la Europa, trabajasen la presente obra, en que hallasen nuestros discípulos, así la proporción de tener á poca costa en un solo cuerpo recogidos los autores mas clásicos, como la de encontrar sus escritos dispuestos y ordenados de tal modo, que vayan sirviendo los primeros como de escalon para subir á los segundos, y estos á los terceros. Los autores que se han escogido, así prosáicos como poetas, son todos del siglo de oro de la latinidad, poniendo por la mayor parte materias seguidas y obras completas en su línea, sin entresacar ó extractar los principales pasos ó lugares de cada uno, por estar altamente convencidos por la diaria experiencia de la gran confusión que causa este método en los niños, por no poder formar ideas de la historia ó cualquier otro escrito que traduzcan, lo cual les embaraza infinito para sondear y penetrar el sentido del original. Hemos cuidado tambien de que acompañen al texto una breve interpretación y algunas notas curiosas y necesarias para dar claridad á lo oscuro de varios lugares. Aunque la interpretación en muchas partes va cortada y parece que queda sin union, se ha dispuesto así con toda madurez, á fin de que se acostumbren los jóvenes por este medio á unir el sentido de lo que encuentran traducido con las palabras latinas que preceden ó siguen, y adquieran por este medio facilidad de traducir con propiedad. Igualmente hemós cuidado ponerles al principio de cada autor un trozo traducido, para que esta traducción, que va proporcionada á los grados de inteligencia de cada clase, les sirva como de pauta y modelo. Acompaña además al fin de cada uno, un índice de las frases y modos peculiares suyos y de la materia que tratan; porque siendo el fin que nos proponemos el que aprendan con la

perfeccion posible la lengua latina, en ellos hallan el acopio de todo el fruto de sus tareas, del que podrán hacer uso para las composiciones latinas. Otros dos índices, el uno de los ritos romanos y el otro de mitología, se ponen asimismo para la inteligencia de tantas alusiones como se encuentran á cada paso, sin los que seria imposible entender en muchas partes á los prosáicos, y en casi todos sus escritos á los poetas. En fin, nada hemos omitido de lo que nos ha parecido conducente para la mayor utilidad y aprovechamiento de nuestros jóvenes.

Esta obra constará por ahora de tres tomos. El 1º comprenderá los autores que se han de traducir en la clase de rudimentos y sintáxis. El 2º los prosáicos pertenecientes á la de propiedad y retórica. El 3º los poetas, así cómicos como elegíacos, líricos, satíricos, epigramatarios, y el 4º y 6º libro de la Eneida, dejando á la viva voz del maestro la explicacion de la epopeya. Tal vez extrañará alguno que, apartándonos del ejemplo de Chompré y otros que han formado colecciones, pongamos al poeta Fedro en el primer tomo destinado par alos que comienzan; pero sepa que, aunque pensábamos ponerlo en el tomo 3º en el censo de los demás poetas, nos han inclinado á seguir la costumbre introducida en las escuelas de comenzar por las fábulas algunas razones que, aunque á los no versados en la enseñanza les parezcan mecánicas, tienen mucho peso y gravedad para los que se hallan en el magisterio. Estas son el llamar la atencion de aquella edad distraida en los juegos con estos cuentecillos, que los traesumamente divertidos, aficionándolos poreste medio á los libros, y suavizándoles lo agrio y penoso de tantas reglas y preceptos como tienen que aprender de memoria en esta clase; siendo constante que el que llega á tomar hastío desde el principio jamás hará pro-

greso alguno en adelante. Aprenden tambien muchas y muy sabias sentencias de moral sana y concernientes al trato humano, que imprimiéndose indeleblemente en sus tiernas almas las conservan con grande utilidad suya toda la vida. Además de que siendo el verso de Fedro muy semejante á la prosa, por no tener ni tantas perífrasis como otros poetas ni tanto hipérbaton, es muy poca la dificultad que tienen que vencer para buscar el órden de las partes de la oracion, y aun esta se les da vencida en algunas de ellas poniendo números encima de cada palabra. No obstante, siendo indispensable el proponer á los de la clase de poética algunos ejemplos de la fábula, las hemos hecho comunes á los unos y á los otros, añadiendo á la sencilla interpretacion que ha de servir para los primeros algunas notas concernientes á los conocimientos de los segundos. Si el público admitiere con gusto esta nuestra obra, efecto de los buenos deseos que nos asisten de contribuir por nuestra parte á la mejor y mas cómoda instruccion de la juventud, creeremos haber satisfecho á la obligacion que tenemos á nuestra patria y á nuestra particular profesion.